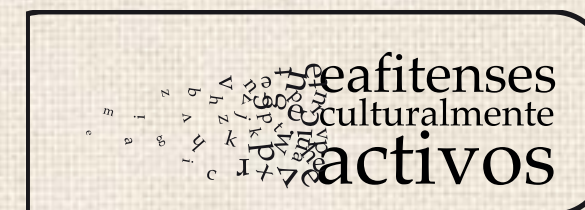


# Binarius III

Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas  
**Universidad EAFIT**





**Nuestros servicios son sus derechos**



# Binarium III

Libro electrónico artístico

Tercer concurso  
de fotografía y narrativa

Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas  
Universidad EAFIT

2013



# Índice

Presentación	13	<b>Tautología de una madre</b>	72
El ojo todopoderoso. Relato introductorio		Eliana Jaramillo Gaviria y Alejandro Blandón Cortés	
Juan Luis Mejía Arango. Rector EAFIT	20	<b>UVAZ PASAS</b>	80
		Gabriel Felipe Linares López	
<b>Capítulo 1: Epistolar</b>	25	<b>Valores y seriales</b>	84
<b>Parce, mátese. Fragmentos de una correspondencia</b>		José Luis Ruiz Vélez y Claudia Patricia Restrepo Ruiz	
<b>Ganador de Categoría</b>			
Luis Fernando Castaño Arcila	27	<b>Capítulo 2: Poesía</b>	89
		<b>Para emprender un viaje. Ganador de Categoría</b>	92
<b>Carta de un espejo</b>		Lucas Vargas Sierra y Daniela Núñez Ruiz	
Pablo Restrepo Giraldo	34		
		<b>Anochece en Amsterdam</b>	98
<b>El almuerzo No. 16</b>		Juan Esteban Londoño Betancur	
Jhon Wilson Osorio y Juan Carlos Pérez Muñoz	41		
		<b>Espesuras</b>	104
<b>Los ojos de tus hijos...</b>		Raúl Arturo González Hernández	
Mónica Cecilia Dávila Galeano	50		
		<b>Hagamos el silencio</b>	112
<b>Perseguido</b>		David Berrío Ríos y Manuela Osorno Grajales	
John J. Quiroz Villada y Carlos F. Soberón Restrepo	58		
		<b>Los hombres de la ribera</b>	115
<b>Querida desconocida ausente</b>		Santiago Rodas Quintero y Juan David Múnera Sánchez	
Odette Yidi David	65		

**Memoria de un árbol**  
Carolina Jiménez Franco 120

**Memorias de sal**  
Iván Graciano Morelo Ruiz 124

**Posdata segunda**  
Oscar Alberto Molina Serna 129

**Prosaica sin sujeto**  
Gloria Isabel Gómez Ceballos 133

**Uno con la tierra**  
Daniela Espinosa Muñoz 138

*Capítulo 3: Relato Corto* 141

**La jaula cerrada. Ganador de Categoría**  
Lucas Vargas Sierra y Daniela Núñez Ruiz 144

**Algún día**  
Diego Armando Castelblanco 152

**El espacio sin tiempo**  
John Fernando Gutiérrez Arias 158

**Geopolítica de la tabla**  
Andrés Ricardo Pérez Restrepo 166

**Heráclito emplumado**  
Lina Marcela Durango Giraldo y Tomás Montoya Uribe 174

**La vida inundada**  
Santiago Gómez Lema y Nicolás Jacob 177

**Seres únicos**  
Juan Felipe Morales Moreno 184

**Tumba de amor y odio**  
María Teresa Acevedo Jaramillo 187

*Agradecimientos* 195

*Autores participantes* 198

# Presentación



El volumen III del libro electrónico artístico BINARIUS, del Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas de la Universidad EAFIT, reúne las propuestas seleccionadas en el tercer concurso de narrativa y fotografía BINARIUS, realizado a través de una convocatoria que tuvo lugar entre agosto y octubre de 2012. De diferentes ciudades recibimos 45 epístolas, 89 poesías y 125 relatos cortos que hacen juego con la fotografía, creando un binomio de mutua inspiración entre la literatura y esta forma de arte visual. Un jurado calificador de la mayor prestancia académica, integrado por las editoras del Fondo Editorial, Universidad EAFIT Esther Fleisacher y Natalia Maya, y el fotógrafo profesional y director de la academia Yurupary William Arango, escogió las 27 propuestas que integran esta edición.

Realizamos este innovador concurso con los propósitos de estimular y llevar a cabo iniciativas culturales que fomenten la circulación del talento creativo en el idioma español, y abrir espacios que incentiven el gusto literario y la escritura. Todo ello hace parte de la campaña denominada Eafitenses Culturalmente Activos, que en nuestro Centro Cultural Biblioteca LEV quiere crear conciencia sobre la titularidad de los derechos culturales. Se hace énfasis en la libertad para indagar, compartir, investigar, aprender, preguntar, disfrutar, ser creativos y acceder al pasado, con la que se fortalece el libre proceso de enseñanza-aprendizaje, investigación y extensión.

Mediante la gestión y comunicación de recursos y servicios de excelente calidad, la formación de usuarios autónomos y responsables en el uso y aprovechamiento de los mismos, la salvaguardia del patrimonio documental y la promoción de acciones culturales para el fomento de la cultura, la lectura y la escritura, el Centro Cultural Biblioteca LEV contribuye a la generación de conocimiento para el desarrollo de la comunidad de usuarios y del país. Agradecemos de manera especial al señor rector de la Universidad EAFIT, abogado Juan Luis Mejía Arango, su deferencia al permitirnos incorporar a esta publicación el relato titulado “El ojo todopoderoso”, con el referente fotográfico de Benjamín de la Calle: Trilladora Ángel López. Es para nosotros un placer poder entregar a la sociedad en general esta novedosa propuesta literaria en formato digital.

MARTHA SENN  
Jefe Centro Cultural Biblioteca  
Luis Echavarría Villegas  
Universidad EAFIT





Fotografía: "Trilladora Ángel López" por Benjamín de la Calle.  
Imagen propiedad del Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

## Relato introductorio

# El ojo todopoderoso\*

Juan Luis Mejía Arango

\* Texto tomado del libro *Las Américas Colombia*, de varios autores. Publicado por la Biblioteca Nacional de Colombia, como parte de la exposición “Las Américas”, realizada entre el 6 de julio y el 15 de septiembre de 2012.

Encima de la tarima del supervisor, había un ojo aún más vigilante y escrutador: el del Sagrado Corazón de Jesús. A propósito de esta devoción, la investigadora Luz Gabriela Arango dice: “La integración de los trabajadores es estimulada por medio de una ideología cristiana que intenta asimilar la fábrica a una comunidad o a una familia en donde todos son responsables de todos y todos deben rendir cuentas ante el Administrador Supremo, presente simbólicamente en los salones de producción en la imagen del Sagrado Corazón de Jesús”.\* Más explícito aún es Mayor Mora: “Se trasladaban a la fábrica, ciertamente, los símbolos y tradiciones católicos populares, pero ya con un sentido preciso: colocada usualmente la imagen del Sagrado Corazón en un lugar más visible del salón de la factoría, su presencia equivalía, sin duda, al terrible *Dios me ve* metodista: él era el capataz más vigilante de todos, por lo que las consecuencias de la indisciplina en el trabajo podían ser no sólo las multas, sino también las llamas del infierno”.\*\* La composición ha debido tomar un largo rato. Han tenido que sacar bancas y mesas para poder acomodar el grupo de escogedoras de café. Al fin, frente a la puerta principal de la trilladora, se acomodan

\*Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*, Medellín, Ed. Universidad de Antioquia, Universidad Externado de Colombia, 1991. p. 43.

\*\*Alberto Mayor Mora, *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*, Bogotá, Ed. Tercer Mundo, 1989, 3ª edición, p. 262.

las mujeres. En el centro, sostenida por las más piadosas, la imagen del Sagrado Corazón que a continuación será ubicada en el gran salón de la trilladora. A partir de ese día, las acompañará –puede leerse vigilará– con sus ojos escrutadores y su corazón sangrante.





Capítulo 1  
Epistololar



# Parce, mátese. Fragmentos de una correspondencia

Luis Fernando Castaño Arcila

Propuesta ganadora Categoría Epistolar

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “Parce, mátese. Fragmentos de una correspondencia”, de la siguiente manera:

*“De las tres categorías propuestas en la convocatoria del concurso Binarius 2012, fue la correspondiente al género epistolar la que tuvo menos acogida, quizás por la creencia de que es un poco difícil escribir un texto literario en forma de monólogo a través del cual se pueda desarrollar una historia. Es precisamente este el punto en que el autor del trabajo “Parce, mátese. Fragmentos de una historia” logró darle el cohesión a un relato cuya lectura es capaz de mantener el interés del lector hasta el final, y que usando un lenguaje agresivo y transgrediendo arquetipos, logra plantear una reflexión sobre la razón de vivir. Este relato fue presentado conjuntamente con una imagen en la cual, con el mérito de la simplicidad, el autor expresa de manera bastante clara y en forma de metáfora la idea trabajada en el escrito”.*

### *Epístola primera*

Mi muy queridísimo y gran malparidísimo amigo invisible, la presente es con el fin de informarte que otra vez me sacaron a patadas de Felicidadonia [...] Allá usted si en el paraje en el que se encuentra no existen los carteros ni las cartas [...].

### *Respuesta primera*

Pongo en su conocimiento que esta mañana fui despertado por sus gritos de una manera brutal [...] A sus insultos yo sólo puedo responder con oraciones [...].

### *Epístola novena*

[...] usted con quién cree que está hablando gran maricón, muy varoncito escondiéndose detrás de Dios para no acudir a mi llamado, invocándolo cobardemente, pues se caga en las enaguas si medio le subo la voz. Usted tan pato como siempre, tan miedoso, tan nerviosito, tan galletica de mantequilla. A mí no me va a venir a engañar dándose las de cura de la parroquia de nuestra señora de la concha de tu madre, de consejero sentimental con el miembro cayéndosele a pedazos por una hermosa blenorragia

crónica ganada a punta de chichirimico. Faltaba más, ahora resulta que mi ex amigo imaginario además de vivir en el extranjero, de haberse marchado a Guatepeor, se convirtió en un vulgar predicador de pacotilla que se atreve a suplicarle a no sé quién putas que me desaparezca de la faz de la tierra; por lo que veo ya le lavaron el cerebritito con jabón PARAMI y lo pusieron a hablar como un típico marrano converso que se alimenta de aguamasa bíblica y caga versículos por doquier.

Es a mí al que le da lástima de usted, de usted que habla desde la nada de su imbecilidad que lo puso a creer en manes aparentemente supremos, inmutables, ubicuos, que están dizque presentes en todas partes, y en ninguna, y arriba, y abajo, y adentro, y afuera, y si no lo puedo ver es porque existe y me arrodillo y lo perdono por no venir a salvarme de mí que tengo lástima de usted y que [...] ahora que me quiero abrir del todo de este cuento raro en el que me estoy resbalando desde que me están relatando mal redactado y no puedo cruzar la frontera de mí [...]

### *Respuesta novena*

Usted es imposible de entender. Primero me insulta de la peor forma y después se pone a llorar. ¿Qué quiere que le diga?, ¿que lo perdono? Es extraño que me escriba, que me invoque, que me reclame, que se las dé de chistoso. Es extraño que haya pasado por alto durante todo este tiempo algo que es definitivo, que usted lo sabe y que yo lo sé, que ambos sabemos: YO NO EXISTO. Yo no puedo escribir cartas, yo no estoy escribiendo esta carta, es usted el que lo está haciendo, es usted el que se empeña en tratar de persuadirme para que vuelva, es usted el que se está respondiendo en este momento y en todos los momentos, el que me inventa y se inventa. Es cierto, yo podría sentarme a su lado ahora mismo, podría incluso abrazarlo y decirle: Relájese... viejas... viejas es lo que sobra en este peladero, deje de ser marica, no se complique por bobadas que ya parece la loca del barrio, póngase una puta chaqueta que está haciendo frío y abrámonos a conseguir un par de perras que hoy coronamos. Yo podría pero no puedo, no puedo. Yo soy usted, yo soy la vocecita que a veces lo complace, que a veces lo hace reír, que le pregunta cosas y se las responde, que lo acompaña y le impide que se mate, que a veces le dice: ¡parce, mátese! Yo casi siempre quiero que se mate. Yo no le estoy escribiendo esta carta y usted esta

putiado, y lo sabe, y por más que lo repita ella... ella no lo necesita, usted no se necesita, yo no soy.

Hasta aquí llego, no sé si usted también.



Fotografía: Pablo Restrepo Giraldo

# Carta de un espejo

Pablo Restrepo Giraldo

Támesis, 1 de septiembre de 2012

Como posiblemente no te vea en varios días, busco un remplazo tuyo en cuanto reflejo encuentro; lo busco en los ríos y charcos, en los cristales de las ventanas, y aquí, sentado, te veo en el vidrio de una bombilla, ella es la que me lleva a recordarte, a entender que muy a mi pesar te extraño. No sé por qué la manía de buscar mi forma en tu cuerpo si de memoria la conozco, quizá esté esperando que me digas algo, que me reveles alguna verdad, así que si no te incomoda quisiera tomar tu puesto y decir, por ti, lo que piensas cuando, parado en frente tuyo, me reconozco como un igual. Así que aquí voy, querido espejo mío:

Te cambio todas tus dudas por una sola certeza, me verás cada día diferente y esa será la alarma para comprender que tus deseos están más cerca o que tus miedos le ganaron la carrera a tu coraje; y después de esos días no nos veremos más, se extinguirán tus risas y se secará el llanto, la fiebre del sexo no te persuadirá hasta la desnudez y las noches de irreflexión no acariciarán más

la contemplación del mundo que nunca comprendiste y que vulgarmente intentaste definir.

Ya no habrá a quien amar, porque ya no habrá amor, ni a quien odiar, porque como te dije, ya no habrá amor. Los ideales que perseguiste vivirán y morirán solos, ya que, las ideas son superiores a los hombres y se sostienen en un piso menos frágil que el de la mortalidad.

No creo que importen tus inclinaciones nobles, ni que nadie te pregunte nunca qué tan bueno fuiste con alguien, pero no dejes de hacerlo cuando creas que es necesario, ni te auto flageles por la diplomacia que supuestamente debes sostener; suficiente haberte tenido que gobernar a ti mismo, suficiente con llevar rutinas saludables, con comer y dormir medianamente bien, con las noches alejadas de los excesos, con las horas de estudio bien o malgastadas detrás de una nota que abonará tu hoja de vida para encajar en el mundo donde la vida no es más que eso, una hoja.

Agradécele a tus pasiones porque sólo ellas te empujaron a un lugar de confort, porque no hubo satisfacción tal

como la de la acción que apuñala al deseo para convertirlo en hecho y sacarlo del mundo de las posibilidades.

Tendrás por fin que enfrentar tus posiciones recalcitrantes, ¿crees en un cielo? ¿En un dios? ¿En que tendrás alguna redención? Nunca entendiste el énfasis en estas preguntas porque fue mucho más angustiante para ti preguntarte cuánto de lo que dices es cierto; y ese día ¿podrás creerte a ti mismo?

“La vida es perra, pero se goza mucho”, te repetiste, y le repetiste a todos como la vacía máxima de tu vida; así que si me preguntas, antes de morir te recomendaría vivir, aunque sea un poco, para darte cuenta de que tus sentidos y emociones no le pertenecen a ningún sistema, pero no lo hagas como un romántico en contra de este, sino como un ser consciente, que a decir verdad, aún no eres. No olvides que la inercia no es más que la triste confirmación de una muerte prematura.

No sé siquiera si ambiciones ser recordado, porque todos tus argumentos apuntan hacia eso, hacer toda suerte de maromas aparentes para manchar la paz de un universo

al que en realidad no le importas, o le basta con que rías o llores, o la primera aunque sea más fuerte la segunda, porque el dolor de la existencia es una condición, pero el absurdo siempre es una opción.

Quisiera que le dijeras a tu abuelo que desde que murió todo es inmensamente diferente, pero en definitiva no es así, los soles y las lunas son iguales y lo seguirán siendo también cuando tú te vayas.

Así que ambiciona el olvido porque en tu vida hay mucho que te avergüenza, y no te preocupes, tú no sabes nada de tu bisabuelo, así como tus hijos no sabrán nada del abuelo que para ti fue héroe, y así mismo sus nietos no sabrán nada de ti, hasta llegar a un completo olvido de todo por todos.





# *El almuerzo No. 16 le da un giro a la relación*

Jhon Wilson Osorio  
Juan Carlos Pérez Muñoz

Medellín, lunes 13 de agosto de 2012

Natalia: hoy sábado 18 de agosto no puedo demorar el envío del análisis de nuestro último almuerzo: el No. 16. Pues me quemo yo mismo si no le mando rápido estos renglones. Bien sabe que enumero y le escribo siempre luego de cada uno de nuestros encuentros al mediodía para almorzar.

Lo de ayer fue un corrientazo de alto voltaje. Es como haber pasado por la silla eléctrica y haber sobrevivido. Yo, en un comienzo de mis sueños desmedidos, supuse, soñé y quería que el primer abrazo entre nosotros ocurriera en el avión de ida para Los Ángeles. Me daba bríos y me tenía un poco de confianza para ese día. Tenía alientos, disposiciones y paciencia (yo, El Impaciente) para esperar hasta ese incierto momento. Pero todo se adelantó, afortunadamente. Y el abrazo en el avión no será el primero, apenas será el primero por los aires. Aunque por los aires ando yo luego de nuestro abrazo de ayer. Supongo que es como estar bajo el influjo de algún narcótico.

Hacía tres décadas no me sentía así. En efecto: el primer abrazo que le di a una mujer que no fuera mis abuelas o mi madre fue para Berenice cuando yo tenía 14 años y estaba en séptimo grado. Eran tiempos en que uno todavía era casi un niño a esa edad. El abrazo que le di a esa niña, uno o dos años más grande que yo, no me dejó dormir por varias noches y no me dejó despertar por varios días. Me pregunté durante toda una semana si era cierto, lo había deseado y me parecía real, o lo estaba soñando. Recuerdo que no podía concentrarme en las clases. Que no quería volver a montar en bicicleta. Que pasaba las noches y los días como un zombi y que lo único que yo quería era volver a repetir ese abrazo con la rubiecita Berenice otra vez para siempre durante la extensa vida por toda la eternidad. Recuerdo con nitidez que me dije en esa ocasión memorable: “Caramba, acabo de empezar a ser hombre”. Y recuerdo también que por vez primera empecé a tener la consciencia de la testosterona caminándome por todo el cuerpo. Ese abrazo con esa señorita blanca y ojazul fue el inicio del adiós a la infancia. Recuerdo, por supuesto, el momento del día,

el uniforme de ella y que fue detrás de la puerta de mi casa.

Nunca más volvió a sucederme. Ni siquiera cuando de novio con mi esposa de hace 15 años, Norita. Ni cuando de amante con otras pájaras furtivas de la noche y de la vida. Ni cuando con otras noviecitas breves o largas. Hasta ayer, con usted Natalia. Es como si otra etapa de la vida empezara o dejara atrás el día de ayer, luego del remezón del abrazo.

El abrazo que nos dimos ayer me devolvió como por arte de magia 30 años atrás en el tiempo. ¡Qué vaina más rara!

Por supuesto que me quedó gustando. Ese es el grave problema. Que se me vuelva adictivo. Yo sabía que iba a encantarme, pero nunca imaginé que en estos extremos demenciales. Es como con las muelas de cangrejo, el sushi, las ostras o el caviar. Que son platos deliciosos que no a todo el mundo le gustan. Pero que una vez se les descubre la esencia del sabor pasan a ser clasificados como los mejores manjares.

El abrazo de ayer sé que fue real porque todavía su olor delicioso me persigue como si tuviera narices en toda la geografía del cuerpo. Ocurrió porque recuerdo su cuerpo de vieja despampanante como si no hubiera ninguna otra mejor sobre la faz de la tierra. Usted ha sido otra Berenice que me está haciendo entrar como a otra etapa de la existencia o abandonar algún ciclo a los 44 años.

Claro que desde que recibí un correo suyo (un día posterior al almuerzo con hamburguesa en El Corral Gourmet, el almuerzo No. 6) haciéndome notar lo cerca que habíamos estado en el ascensor de Oviedo, y desde la vez en que me dijo que me mandaba un abrazo por e-mail, un abrazo de los que siempre nos mandábamos pero nunca nos dábamos... Desde esas dos veces yo había fantaseado insistentemente con abrazarla. Al menos desde esos dos momentos era como si el río del tiempo y de la vida nos llevaran de forma irremediable hacia lo de ayer: hacia nuestro primer abrazo por fuera de los correos. Ha sido demasiado para mí, créamelo. El abrazo de ayer fue como un temblor de tierra que apenas ha dejado en pie mi corazón con ganas de abrazarla más.

Esto ocurrió en nuestro almuerzo No. 16 en el Hotel Dann Carlton, subiendo al restaurante del último piso, el Tony Roma's, ayer viernes 17 de agosto del inolvidable año de gracia de 2012. Y como después del abrazo con Berenice hace 30 años, estoy como un zombi sin poder dormir de noche y sin poder despertar de día. Ahora lo único que quiero es volver a repetir ese abrazo con usted por siempre jamás durante toda la eternidad.

Claro: con ese contacto corporal hoy amanecí queriéndola todavía mucho más.

Un segundo abrazo real,  
Ulises.

POSDATA: Natalia, usted sabe muy bien que este abrazo no ha ocurrido. Ni tampoco el almuerzo No. 16. Apenas hemos salido a almorzar 15 veces en dos años y medio de conocernos. Pero es lo que supongo que pasará en nuestro almuerzo concretado para el próximo viernes 17 de agosto. Por eso la fecha real de entrega de esta carta es hoy lunes 13 del mismo mes.





# Los ojos de tus hijos...

Mónica Cecilia Dávila Galeano

Medellín, 16 de septiembre de 2012

Te escribo estas líneas...majestuoso Vaupés. No son de lluvia como las escasas y ruidosas que acostumbras recibir del cielo. Tampoco, ya lo ves, son esos hilos de calor y luz que el sol traza sobre las aguas de tus ríos. Te escribo para decirte que antes de conocerte sentía el temor que siente todo colombiano cuando debe ir a un lugar que ha sufrido atentados terroristas a manos de algún actor armado. Esa mañana de agosto, a pocos días de haber cumplido treinta años, me embarqué en un vuelo de tres horas para llegar hasta ti.

Seguramente tú, con esa calma reflejándose en el río con el que compartes tu nombre, ni te imaginabas que alguien a kilómetros de distancia estaba ansiosa, nerviosa, angustiada y expectante por saber cómo era tu rostro, si era plena de misterios tu selva como decían, qué tan sinuosas y enigmáticas eran tus calles, tu gente, tu vida...

Nerviosa. Esa era yo al enterarme de la cita que sin prever se nos había fijado. Pero bueno, quizá yo estaba exa-

gerando; puede ser que a mis treinta la vida me estaba ofreciendo el más hermoso de los regalos: un viaje a la selva. ¡Sí, debe de ser eso!, pensaba. Mientras, surcaba el cielo dejando atrás las montañas, las grandes metrópolis, el afán de la ciudad, para encontrarme los deslumbrantes Llanos Orientales, adentrándome cada vez más en la tupida selva colombiana, que no cabe en los ojos.

Verte desde el aire fue un espectáculo: ¡qué hermoso eres! Tan bello como la vida misma ahí estabas, pausado, tranquilo, de manos abiertas y extendidas hacia mí, y sólo una pregunta me habitaba: ¿qué sorpresas traerás a mi encuentro?

Empecé a conocerte como se conocen los amigos: despacio, con la mirada puesta en vos y con las ganas de acercarme a ti. La primera sorpresa que me obsequiaste fue el majestuoso río Vaupés, dádiva que a nadie has negado. Los días empezaron a confundirse, también tu vida y la mía, entremezcladas la alegría, el dolor, el horror, la tristeza, la rabia... Estas últimas emociones, atenazando mi ánimo y agitándolo, golpearon en lo profundo de mi

ser, pues eran los niños, tus hijos, los que las llevaban imborrables en sus rostros. Era, tal vez, la huella del daño que te ha hecho este mundo occidental del que hago parte, y que sordo te sigue haciendo. Tan triste me sentí al verlos, que no vi otra cosa por hacer más que grabar esa otra imagen con mi cámara. Quería preservar para otros el semblante de tus gentes angustiadas por el abuso que los actores armados ejercen en tu suelo, quería fijar cómo asomaba la impotencia y el desconcierto ante el constante saqueo de saberes y recursos arrebatados a tus entrañas: la privatización de tus aguas que son tus manos y a la vez tus “cachiveras”; el dolor por el maltrato en tus pies que son los indígenas; y la destrucción de tu cuerpo que es la selva.

Y me pregunté: ¿cuándo seremos lo suficientemente fuertes para luchar por nuestra tierra, nuestra identidad, nuestros pueblos, nuestros niños y niñas, si tú y otros lugares y gentes de este país viven todavía en resistencia solitaria ante este mundo occidental que amenaza y avasalla toda identidad posible? Te vi triste y lloré, me temo que será lo mismo cada que te vea, no sé si fue por ver

a tus gentes, tus niños, por lo que allí escuché o porque tu majestuosidad es tan grande que siento nunca llegar a conocerla como se merece. Te sentí como quizá nunca he sentido ningún otro lugar, disfruté cada momento que me regalaste y me quedé en los ojos de tus hijos, con esos ojos color tierra. La tierra que guardas con tanto esmero para regalarnos la sabiduría de 26 etnias indígenas. Me he quedado en la belleza incomparable del Apaporis, la traviesa sorpresa del río Vaupés, las alas abiertas de tangaras, colibrís, guacamayas. Son mías ahora las tradiciones vueltas palabra en el mambadero. Iré siempre a tu encuentro y, aunque estas líneas son cortas, quiero hacértelas llegar para que nunca olvides que soy hija de tu tierra, que soy los ojos de tus hijos, que por mi sangre tu historia y la de tus gentes han sido olvido, hasta hoy, pero que después de verte siempre serán recuerdo, memoria viva.

Para vos estas líneas, majestuoso Vaupés...



Fotografía: John Jarlen Quiroz Villada - Carlos Fernando Soberón Restrepo

# Perseguido

John Jarlen Quiroz Villada  
Carlos Fernando Soberón Restrepo

Boston, 28 de noviembre de 1993

¿Para qué me fui tan lejos tía? Tan lejos de ti, tan lejos de mí. Fui un tonto al querer poner distancia entre dos cosas que son indisolubles. Pero no me puedes culpar, no puedes, aunque sea un tonto. Perdóname por no haberte escrito antes pero no había nada que decir, igual que el día en que te vi por última vez, esa lágrima que corría por tu mejilla dijo lo que ninguno de los dos habría podido.

Te escribo desde un restaurante al que vengo a diario, es un lugar tan bonito tía, se llama Mother Annas, a ti te gustaría. Vengo aquí cuando esa presencia se hace insostenible. Por la ventana de mi cuarto se ve la fachada polvorienta de un motel que lleva por nombre "Hope", te imaginas tía. Paso muchas horas mirándolo y preguntándome dónde estarás tú, qué verán tus ojos, y quisiera tanto ver través de ellos, las montañas, las calles con olor a tierra mojada, tus vestidos llenos de lirios y margaritas y siento tu perfume aunque estés tan lejos. Soy un huérfano tía, ahora lo sé.

Pero no quiero que te preocupes por mí. De salud bien, salvo por un par de resfriados. Con el tío no he tenido mayores contratiempos, sólo lo veo en las noches cuando regresa de trabajar. Acá todo el mundo trabaja mucho, este lugar es como una enorme máquina y cada persona es un engrane que rueda y rueda hasta que se desgasta y es cambiado por otro. En este restaurante venden unos pastelitos muy ricos, de chocolate y frutillas, de esos que tanto te gustan.

Ayer encontré el álbum fotográfico que tío guarda en el cajón de las sábanas. Había fotos de papá. Yo nunca antes me sentí huérfano tía, tú siempre fuiste tan buena conmigo. A veces despierto en medio de la noche y veo a tío sentado en la cama mirando el álbum. Reconozco mi propio abandono en sus ojos, la misma amargura de quien ha sido despojado de grandes trozos de su alma, pero con un tono rancio que le han dejado años de rencor, de recordar, de añorar, de silencio, de soledad y de profundas angustias. Me da tristeza pensar que cada vez que me mira recuerda a papá, recuerda todo el dolor que le causó perderlo. No sé si vine a atormentar su vida con

recuerdos que ya tenía enterrados, a revivir sus propios fantasmas, sus propias sombras, a convertirme yo mismo en una de ellas...las mías nunca me dejan, veo esas figuras terribles en todas partes, como en una pesadilla que viene desde la noche. A veces despierto sin saber si los soñé o si en realidad los vi en alguna calle el día anterior, ahora temo mirar por la ventana del restaurante porque sé que me están esperando. Eso me da mucho miedo.

Leí en el periódico que el Gobierno está reconstruyendo nuestro pueblo. Es muy tonto tía, esa gente piensa que una guerra termina cuando los asesinos se han ido, cuando la verdad es que nunca se van, un pueblo que ha vivido ese horror nunca olvida. Reconstruir ladrillos es una fantasía ilusoria de que todo puede ser como antes, como antes, de que puede ser...¿Quién podrá repararnos a nosotros tía? De esta soledad, este destierro, esta persecución, de esta carga de ir a todos lados con las sombras de nuestros muertos. ¿Cómo nos reconstruirán si nos faltan tantas piezas? Pero claro, hay que seguir adelante, hay que ser fuerte y no mirar atrás y todas esas tonterías.

No quiero que te preocupes por mí, no todo está perdido,  
recuerda que cada vez que miro por la ventana de mi  
cuarto veo “esperanza”...

Quien te añora y quiere con el alma...





# Querida desconocida ausente

Odette Yidi David

Sé que me sacaste una fotografía antes de que partieras en ese bus en el que viniste. Probablemente te diriges a tu casa o a algún otro lugar a tomar tu desayuno. Hace frío y es temprano aún, como la vida en este campo...No te dejes engañar por ese sol que está apenas saliendo; aún le queda un largo camino por recorrer. Y con él, salen todos a la calle: es caótica la vida aquí.

No tuvimos la oportunidad de conocernos. Soy Ali y nací aquí al igual que mi hermano mayor y sus hijos. Todos vivimos aquí, juntos. Pero no te sorprendas mucho querida desconocida, pues así es la vida de un refugiado. Y parece que lo seguiré -seguiremos- siendo por mucho más tiempo y, probablemente, también mis hijos. Creo que a eso le llaman "destino". ¿Sabes ya el tuyo?

Estoy seguro de que bien conoces la frialdad del resto del mundo hacia nosotros. Quizá por eso viniste; es una historia que conmueve, lo sé. ¿O quizá quieres reivindicar al mundo entero? No creo que puedas, nadie lo ha podido hacer aún...y ha pasado mucho tiempo ya. Seguro en tu país también hay como nosotros.

Querida desconocida, ¿pensaste que no sentiría tus intenciones de fotografiarme? Después de todo, nadie se imagina que en un campo de refugiados vive gente real, rezagada de la opulencia del resto y escondida de la maldad de otros tantos. También pensaste que yo no sabía que era a mí a quien tu moderna cámara apuntaba. Pero está bien, no me molestaré, lo prometo...después de todo, no se le lanzan rocas al pozo que te da de beber, y bueno, hoy tú me has dado de vestir y comer.

Creo que mi vecina también salió en tu fotografía. Ella no sabe, pero tampoco se lo diré. ¿Te inquieta verla con un velo, cierto? Ella quizá te explique la razón de no llevar su cabello suelto como el tuyo, y su padre quizá te diga otra cosa. Recuerda que siempre debes mirar con ambos ojos, o bueno, más bien escuchar con ambos oídos...pero... ¡ya no estás aquí para preguntar! Tu visita fue tan efímera que ni siquiera me pudiste mostrar la foto que me sacaste. ¿Se puede ver, cierto? Siempre veo grandes fotos de niños comiendo dulces pegadas en las paredes de la tienda a la que voy por el pan que ya está duro (lo puedes mojar con algo de agua si

algún día el pan en tu casa se pone duro). Me pregunto si saldré como ellos...digo, como los niños que no son refugiados. Seguro también hay de esos en tu país.

Ya, no te quiero aburrir y además debo regresar a mi casa, mi madre debe de estar preocupada. Tú debes de estar lejos ya, acordándote con satisfacción en el rostro de que hoy una familia de refugiados vestirá ropas nuevas... para nosotros. Pero la próxima vez que vengas, ¡llévame contigo! Me gustaría jugar con mi pelota en un jardín grande y verde sin que el vecino me regañe, y también comer pan blandito, no remojado... ese me gusta más.

Espera, quizá no te gustan los niños o no tienes tiempo. O quizá tu país queda muy lejos. ¿Montarás en un avión? Esos también me gustan, pero les tengo miedo. Mi padre me contó acerca de unos aviones que lanzaban cosas desde el aire y luego en la tierra todo volaba en mil pedazos. Pero podrías llevarme en uno diferente, no creo que nada nos pase, pues estaremos en el aire y no en la tierra.

Quizá pido demasiado. ¿O te parece que no? Yo creo que no.

He aprendido que todo en la vida se acaba, hasta los sueños. Pero este no. Yo te esperaré y te llevaré a mi casa. Mi mamá te cocinará muchas cosas ricas y prometo que conseguiré pan caliente. Me ayudarás a empacar la ropa que me has regalado hoy y nos iremos los dos en ese bus. ¡Hasta podemos tomar el desayuno otra vez! Iré donde me digas, no conozco nada más allá de este campo. Viajaremos juntos a lugares muy lejos de aquí, nos tomaremos una bonita foto y mi mamá la verá en la tienda cuando vaya por el pan. Así sabrá que soy feliz.

Cuando vengas no me busques, yo te encontraré.

Te espero,

Ali.



Fotografía: Eliana Jaramillo Gaviria - Alejandro Blandón Cortés

# Tautología de una madre

Eliana Jaramillo Gaviria  
Alejandro Blandón Cortés

Agosto 15 2012

Esta semana volví a soñar con usted mijo, y desde eso me siento otra vez en la sala cuando termino los quehaceres en la casa, me siento a tejerle un saco que llevo por la mitad. Ya no sé cuántas prendas le he tejido esperando a que venga por ellas, así sea para eso no más que vuelva. Me quedo tejiendo hasta las doce más o menos y de cuando en cuando miro por la ventana, casi segura de que no lo voy a ver allá afuera pero no se me muere la esperanza de que de pronto esté usted por ahí; no de que vaya a tocar la puerta pero sí que de pronto esté cerquita mirando para acá con ganas de venir a saludar o de volver para quedarse. Su papá antes se molestaba mucho porque me quedaba hasta tarde tejiéndole; usted sabe cómo es él, orgulloso, como usted, salieron igualitos; pero a él el corazón se le ablandó mucho y lo he visto pararse en la puerta mirando hacia todos lados. Yo sé que buscándolo. Y hubo un tiempo en que salía dos o tres veces a la semana para el centro, por la zona donde duermen los vagabundos, lo sé porque Amparito, la mujer de don Tulio lo vio varias veces por esos

lados y me contó; me contó que se la pasaba por allá horas y horas dando vueltas y hablando con mendigos y mostrándoles lo que, piensa ella, era una foto suya. Eso sucedió en la época en que Francisco, el primo de Rubi lo vio a usted, mijo, o eso dice él, que lo vio todo andrajoso durmiendo en una acera hace dos años ya. Él contó que al principio no lo reconoció pero que le resultó familiar, y luego se acordó de su cara, pero como iba en bus apurado para el trabajo, no tuvo manera de devolverse. Su papá lo quiere mucho a usted y no lo olvida ni por un momento, es más, últimamente se le nota más ensimismado y hasta amargado y lo veo muy desmejorado de salud pero se hace el fuerte conmigo, ya le diré por qué. De verdad lo quiere mucho, no le quite la oportunidad de arreglar las cosas antes de que sea tarde.

Yo no sé cuántas cartas le he escrito ya, ni sé cuántas veces le pude haber repetido lo mismo entre una y otra, pero siento que debí hacerlo. Ni siquiera sé si llegue el momento en que usted lea esta carta o las demás, yo espero que sí y por eso las escribo, para comunicarme con usted de alguna manera, para que sepa que yo nunca lo

olvidé ni lo voy a olvidar, que yo nunca voy a dejar de quererlo y que su papá tampoco. Pero más que esperar a que llegue a leer esto, espero que volvamos a vernos, que podamos volver a comer los tres juntos como una familia, que en esta casa se vuelva a escuchar una risa, se vuelva a sentir alegría porque ya se nos olvidó cómo es eso. Yo todavía le tengo la habitación como la dejó; vuelva con nosotros mijo, o llámenos, déjenos saber de usted que el desasosiego por no saber nada nos hace todo más pesado a su papá y a mí y se nos acaba el tiempo, y yo sé que nosotros le importamos, que usted no nos ha olvidado, yo no puedo desaferrarme a esa idea mijo porque si lo hago no me queda sino la amargura. Yo no sé si pueda terminarle el saco ni sé si pueda escribir otra carta o sentarme de nuevo en la sala para ver si usted está por ahí. Mi salud está muy mala y sé que es grave, pero no he querido contarle a su papá, aunque estoy casi segura de que él o sabe o se lo imagina y que por eso no me demuestra debilidad ni achaques. Yo voy a intentar terminarlo y las cartas se las voy a entregar a Luz Beatriz en caso de que usted llegue a comunicarse con ella. Si no puedo tenerlo cerca de nuevo en vida, sólo espero

que cuando me esté yendo, pueda yo soñarnos a los tres juntos en el comedor desayunando el calentado que tanto les gusta a usted y a su papá y estemos felices una vez más, como antes. Lo quiero miijo, su papá y yo lo amamos.

Lo seguimos esperando, siempre.





Fotografía: Gabriel Felipe Linares López

# UNAZPASAS

## Solo perdí la señal

Gabriel Felipe Linares López

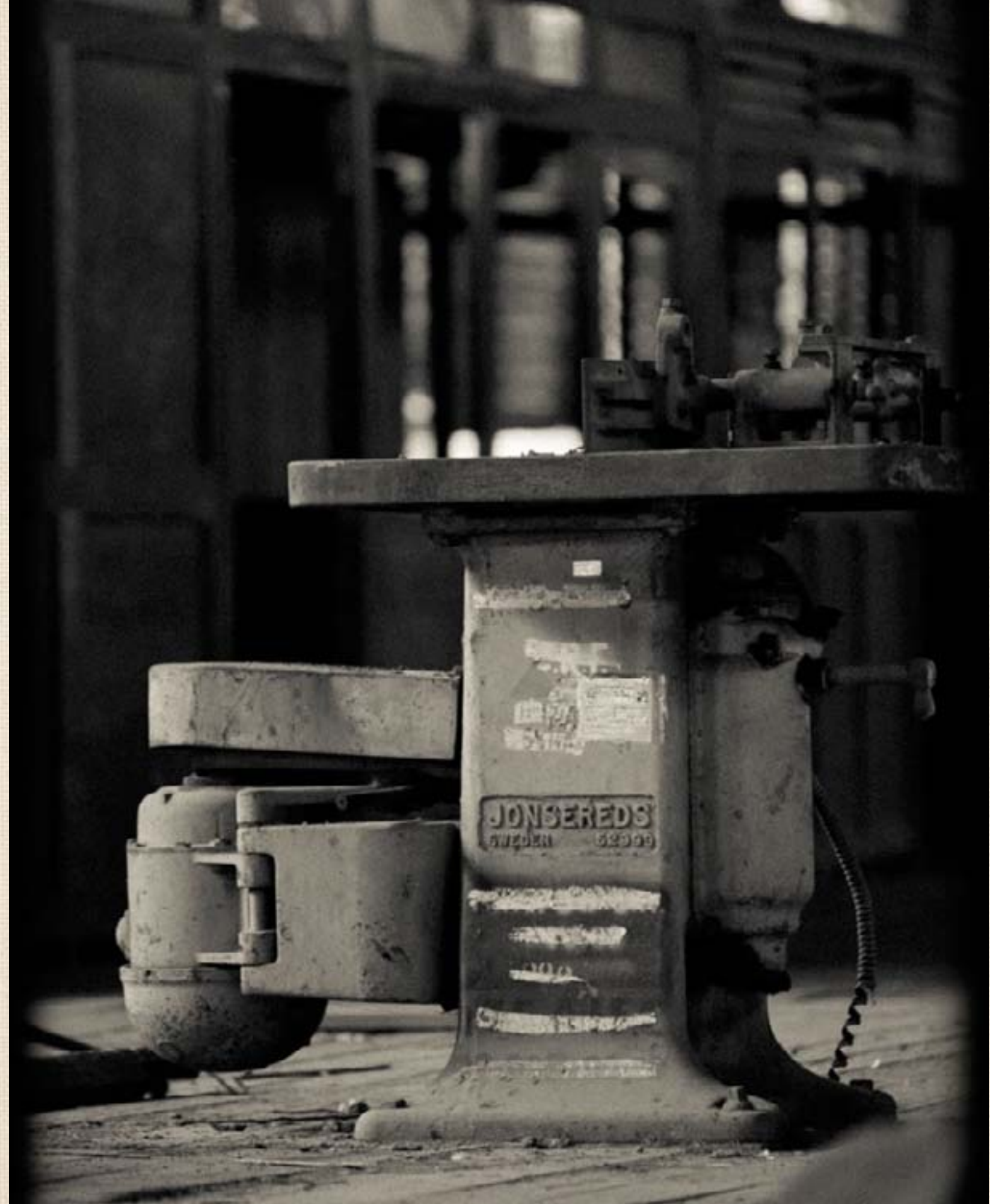
La ausencia de erosión en Marte sugiere que el planeta quizás nunca tuvo grandes cantidades de agua con que nutrir organismos terrestres (en nuestro caso, la tierra sí cumple con estas condiciones de nutrición). El Dr. Robert B. Leighton fue el encargado del experimento fotográfico Mariner, donde la sonda Mariner IV entregó 19 imágenes de la superficie del planeta rojo, colocando a los terrícolas de narices a Marte. Las imágenes se transmitieron el 3 de agosto de 1965, y el 21 de diciembre finalizaron las comunicaciones con el Mariner IV. Los causantes de la pérdida de indicación fueron 83 impactos de micro-meteoritos que modificaron su orientación y con ello se perdió la potencia de la señal.

A finales del mes de junio de 2012, 47 años después de la misión Mariner, en el patio de mi casa las señales del agua se comunicaban de forma afásica entre abuelo y nieto. Dándome la sensación de estar presenciando aquella nutrición terrestre proveniente del agua –sustancia que es tan escasa en Marte–. La alharaca de Nicolás era un himno a la tienda de confites y chocolatinas de dos pisos. Las gotas de agua se mostraban albocráticas con el moho y el color verdoso de los charcos. Eran micro-meteoritos viajando por los dedos de Valerio que impactaban las micro-tetillas de Nico, que reía perdiendo la señal de los rayos de luz del medio día. 40 dedos, todos con dermis y epidermis: ambas capas están unidas pero existe un

ligero espacio intermedio que en manos y pies es más grueso, el cual genera que absorba más agua que el resto del cuerpo y que el efecto sea más perceptible. A medida que la epidermis se hincha más y más, se separa de la dermis formando surcos y crestas, –sobre todo en las yemas de los dedos–.

El éxodo de las “Uvas pasas” no se debe a la balanza de pagos por años o décadas, ni mucho menos a un Martini vermouth en las rocas; tampoco a la versión terrestre de la tabla marina (monopatín sin timón), no, corresponde al instante atestado y soprano en que olvidamos que el tiempo existe.

Lo que de verdad importa, es que el instante generó un cambio en las edades reales: que Nicolás Orozco tuviese 71 años en sus 20 dedos, y Valerio López, 4 años en su sonrisa casi de papalote galáctico, intervenida por el afecto samurái de su nieto menor. Así, como el Mariner IV en 1965 puso a los reinícolas de la tierra de narices con Marte, yo, les proporciono evidencia de la posibilidad –de forma líquida– de retroceder y adelantar en el tiempo.



Fotografía: José Luis Ruiz Vélez - Claudia Patricia Restrepo Ruiz

# Valores y seriales

José Luis Ruiz Vélez  
Claudia Patricia Restrepo Ruiz

Medellín, algún día de septiembre, del año en curso

Respetado Señor Flores:

¿Recuerda la planta ubicada en la autopista a la altura del kilómetro 6? Pues bien, desde hace décadas nadie oprime los pedales ni abre las persianas para que se haga la luz. El polvo se ha tragado hasta los números seriales, y aunque hace mucho no nos encienden, no estamos resignadas a morir. En algún libro antiguo que ningún contador mira, yace en su inventario nuestro listado como unidades de carpintería, depreciadas hasta el último centavo. Usted se preguntará por qué elegimos escribirle y más aún, cómo lo logramos. Pues verá, máquina es máquina, sea de escribir o de cortar. Abogamos por nuestra supervivencia; añoramos el contacto humano y aquello para lo cual fuimos construidas. Nos sentimos desterradas, muertas, exiliadas. Y no. Aún vivimos. Con un poco de aceite y un par de habilidosas manos podemos ser útiles. ¿Por qué no nos dona o nos regala a quien todavía sepa conducirnos? No nos diga que los obreros del 53 o el 54 ya no se ensucian las manos de aserrín, sa-

bemos que están mayores pero su descendencia quizás sabe del oficio o puede estar dispuesta a aprender también en nosotras. Y no, por favor no nos diga que estas cosas llevan tiempo, porque eso es precisamente lo que hemos dejado pasar. ¿Sabe usted lo que es vivir con la incertidumbre de una demolición cuando se anhela un reinicio? Díganos: ¿Adónde se fueron todos? ¿Acaso una nueva versión nos aniquiló y no nos dimos cuenta? ¿Sabía usted, por ejemplo, que las celosías de la planta han comenzado a quebrarse? Sí, no han resistido el abandono y mucho menos nuestras reiteradas conversaciones sobre una huelga invisible. Se han resignado. Dos o tres posters que había colgados en el fondo del salón se han ido con las tormentas, y aunque algunos pájaros tienen el techo por nido, y escuchar nacer a sus pichones siempre es motivo de alegría, no deja de ser molesto porque hacen sus necesidades sobre nosotras cuando no tenemos cómo limpiarnos. Dígame que ya encontró el libro contable. ¿Vio cuántas somos? Al menos veinte. Veinte versiones con una misma ilusión: darle forma a la madera, ya sea roble, comino, cedro, pino crespo o jacarandá. La última vez que le dimos forma a un trozo de ella, fue

cuando llegaron los hombres azules y lo frenaron todo. Forraron las sillas donde solían sentarse algunos operarios; levantaron las existencias en menos de un día y, sin decir palabra, nos dejaron. Creímos que se trataba de un simulacro o de una broma agrídulce para un día que no correspondía con ningún equinoccio. Esperamos. La primera noche fue terrorífica. Las máquinas más jóvenes se acurrucaron junto a las de más experiencia mientras algunas buscábamos infructuosamente un radio que nos hablara de lo que había sucedido. No sabemos si tomó por sorpresa también a los operarios porque ninguno se despidió. Sólo Juan, ese día en particular, talló su nombre sobre el serial 2345890, una de las más jóvenes. Y desde entonces, hasta hoy, hemos vivido en la oscuridad.

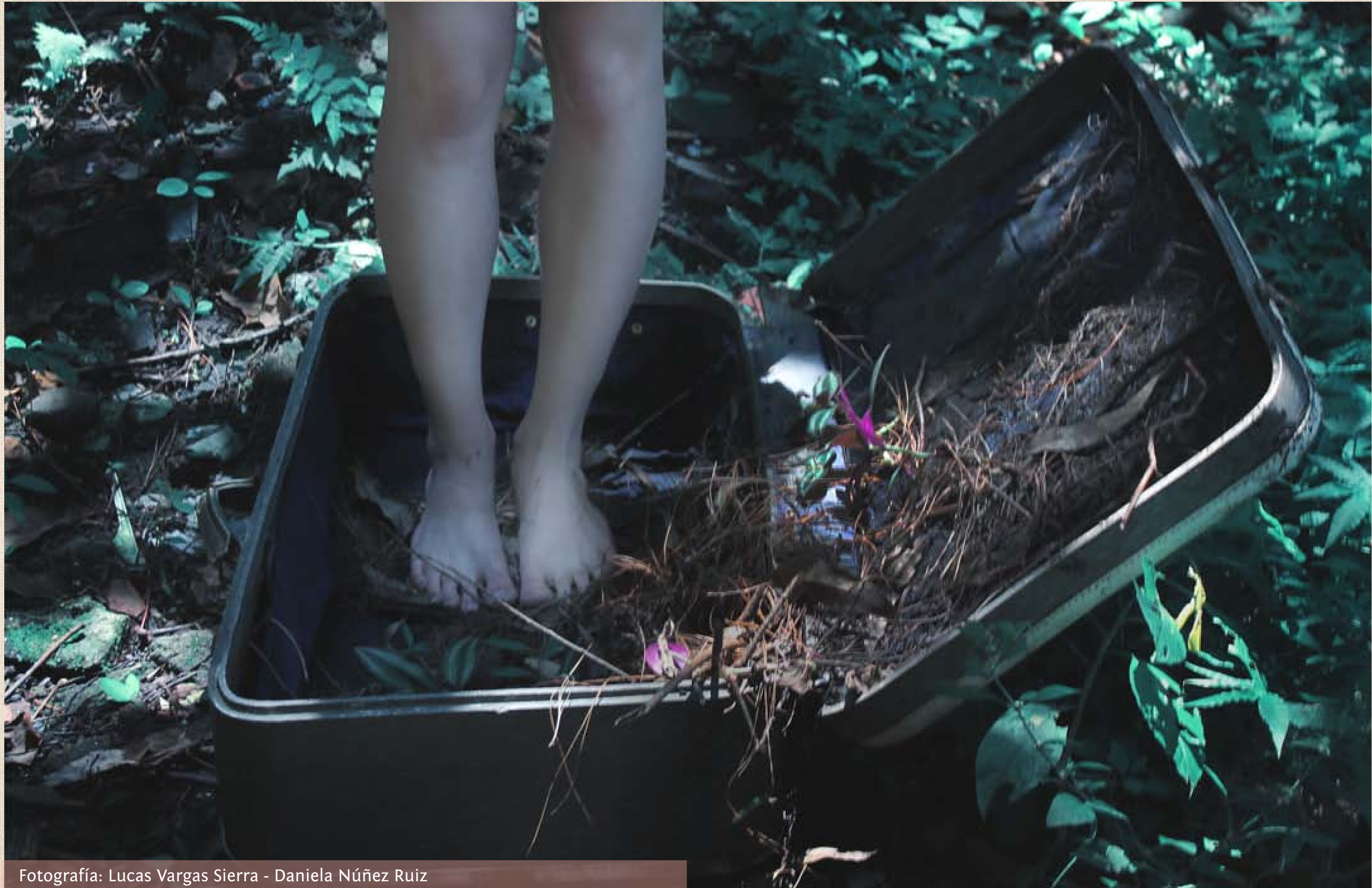
Espero que usted continúe siendo el gerente de esta planta en desuso y, de no ser así, que sea tan amable de hacer llegar esta carta a la persona correcta. Puede pasar por la fábrica cuando lo considere conveniente.

Enteramente suya,

Serial 4329857489

# Capítulo 2

# Poesía



Fotografía: Lucas Vargas Sierra - Daniela Núñez Ruiz

# Para emprender un viaje

Lucas Vargas Sierra  
Daniela Núñez Ruiz

Relato ganador Categoría Poesía

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “Para emprender un viaje” de la siguiente manera:

*“La poesía busca atrapar lo invisible. Palabras, objetos, imágenes, cadencias y anhelos nos trae este poema que integra con acierto el Enlace Literario propuesto y lo trasciende. “Para emprender un viaje” es un poema que juega con la ambivalencia, a través de una maleta nos convoca allí donde nos preguntamos si permanecer o volar. La imagen de este Binarius es un elemento narrativo que condensa el viaje y el arraigo, lo que crea una unidad armónica poema-fotografía”.*

Para emprender un viaje es preciso conseguir una buena maleta –resistente, amplia, cómoda– en donde puedan encajarse las prendas preferidas y esos rasgos de personalidad que son imprecindibles para mantener algo del yo, en la distancia.

Es bueno, si se quiere, ocultar una fotografía entre los pliegues de las prendas, no sea que se extravíen en los aeropuertos y olviden por completo el rostro de su dueño. También se recomienda –aunque en menor medida– echar un trozo de ladrillo arrancado previamente de las paredes de la casa, esperando que a punta de migajas enseñe el camino de regreso.

Esto si se quiere regresar, claro.

Si lo que se desea en cambio es viajar de una buena vez con destino desconocido y sin ganas de volver, limpiando el polvo de los pies al salir de la ciudad;

entonces no hace falta ocupar espacio en vano  
con viejos amuletos, viejas ropas.

En la buena maleta (sigue siendo imprescindible)  
deje el espacio necesario para que quepa un olvido  
que se trague todo lo que fue ¡y no lo escupa!

Una vez seguro de que ya no hay nada dentro  
más que el aire transparente del futuro  
proceda a entrar usted, empezando por los miembros  
inferiores.

Verá cómo el cuerpo se desarma,  
manos, boca, pies y cadera,  
componen nuevos paisajes y palabras  
en una especie de viaje a la semilla.

Comience a nombrar el mundo a su deseo.  
No tema: al entrar en la maleta ya pensaba en iniciar  
de cero.

Hágalo poco a poco, nadie le ordena lo contrario.  
Dóblese allí, córtese allá, diga algo que no significa  
nada.

Suba los hombros como si no le importara

y compruebe dichoso que así es:  
que no le importa.

Porque ya empieza a sentirse lejos.  
Está cerrando sobre sí la tapa,  
corriendo lo mejor que puede la cremallera,  
recostando la oreja en cualquier superficie  
y preparándose para dormir lo que dure el viaje.

Alguien se encargará de pasar a recogerlo;  
hay gente que se gana así la vida.

Entre sueños sentirá el ajetreo del transporte,  
los ecos del movimiento, leves temblores.  
Procure no despertar,  
es posible que el resto del trayecto sea incómodo.  
Y usted viaja buscando todo lo contrario.  
Una comodidad sin contratiempos,  
que recuerda haber conocido alguna vez antes de todo.



Fotografía: Juan Esteban Londoño Betancur

# Anochece en Amsterdam

Juan Esteban Londoño Betancur

Este viento me atrapa en una encrucijada, y me penetra casi hasta destruirme. Yo remo en mi bicicleta, combatiendo las ondas que aúllan entre los árboles que poco a poco se desmoronan, dejando cadáveres de hojas por los caminos que pisotean los perros. El soplo nórdico intenta desalojarme y grita mientras te tira de los cabellos, cuando los cuervos pelean por una semilla anaranjada que puede verse volando sobre el fondo de luz que se nos va. Ante tal irrupción del universo no puedo hacer más que dejarme poseer. Unas gotas de tinta se desprenden de mis ojos, y alcanzo a garabatear estas palabras sobre las piedras del suelo antes de que oscurezca del todo. De manera que tengo que recoger piedra por piedra, para llegar a mi casa e intentar reconstruirlas de tal modo que le den sentido a mi literatura. Ese sentido que desarma a pedacitos mis recuerdos de un lugar donde el miedo nunca muere y donde la misma estación encerrada entre montañas hace pensar que la tradición es inexpugnable. No sé desde cuándo estoy aquí aferrado al cadáver de Spinoza. Ni si esta vida es más muerte que aquella que solía sonreírme cuando caminaba en camiseta por mi pueblo. Las alucinaciones se suceden con

ese desorden tan típico de la gente de la que no sabemos si piensa en blanco y negro, o qué es lo que ve cuando ve, porque me fundo en este, tu bosque milenario, que cantaba a los dioses paganos y celebraba la fertilidad derramando el semen sobre las semillas en la tierra, y vuelvo a la planicie y sus escolios de Natura. Una ciudad de leche agria, orines y marihuana. Esqueléticos madeiros instalados en asfalto. Papeles amarillentos formando un basurero en los adoquines. Agua y tiempo. Santos mutilados y castrados, como nuestros nativos pecadores vendidos tipo carne al por mayor. Rememoro, mientras mis dedos tímidos hurgan en tu bolsillo roto un poco de calor; en tus vellos nacies, una pelusita de placer. Te me escapabas asustada cuando siento la humedad. Te escondes en la Neue Kerk, aquella en la que desde hace años dejaron de rezar y hoy la habitan con teatralidad de espejos en los que los vestidos de novia con ramas por cabellos bailan solitarios sostenidos con cuerdas en el aire. Salgo a la calle, pues supongo que te has ido. Magia insoportable de bicicletas volando como abejas. Planeta mestizo en que confluyen cuerpos tibios junto a la Estación Central. Rostros similares y ajenos a mi

memoria. Grito tu nombre impronunciable y no respondes. Los callejones semicirculares me llevan cerca de la casa de Descartes. Hasta que por fin te veo en una de las vitrinas, escuchando la confesión de una prostituta a la que se le dañó la calefacción de su Sarcófago.



Fotografía: Raúl Arturo González Hernández

# Espesuras

Raúl Arturo González Hernández

Hacia lo alto  
sinuosidades  
amorosamente entrelazadas  
serpenteantes

unas a otras  
nacen y mueren  
entre verdes matices  
en la espesura

vertiginoso ascenso  
al corazón del monte  
entre socavones  
el musgo colorido  
líquenes

al fin la cima

invaden lento y profundo  
los aromas  
del bullente bosque

tupido y  
enmalezado

la tierra  
vibra en las venas  
los colores  
impregnan el entorno

trinos como estrellas  
                  agitan el paisaje  
dosel de nubes y  
del azul intenso que cae  
                  niebla de finas gotas  
                  todo desvanece  
                  por instantes  
placidez absoluta  
canto pletórico de la vida  
                  relucientes yarumos  
en el lomo  
agreste vegetación  
en los ínfimos escampados  
huellas vivas  
latentes

el rojo sangre  
de las bromelias  
habla  
de estos parajes

de soledades  
de sueños  
de lejanos recuerdos  
                  de súbito el pasado  
                  hombres batallando  
                  dominan lentamente  
                  lo insondable  
realidad que  
llega y huye  
                  fina escritura  
                  el vuelo  
                  del gallinazo



Fotografía: David Berrío Ríos - Manuela Osorno Grajales

# Hagamos el silencio

David Berrío Ríos  
Manuela Osorno Grajales

Pronunciemos las palabras mudas,  
para que se apoderen de nosotros y nos llenen el vacío,  
para que sea el silencio el sonido inmutable,  
la sentencia clave, el único instante.

Enamorémonos de lo simple y complejo de no decir nada,  
encontremos el secreto de abandonar lo estridente  
y conquistemos con un grito mudo la locura y el absurdo.

Contagiamos al mundo de nuestro mutismo,  
que se unan el roble, el lobo, el pez, la mariposa y el  
hombre que se unan,  
y que sea el silencio el orgasmo que el mundo precisa,  
el punto culminante, la palabra definitiva.



# Los hombres de la ribera

Santiago Rodas Quintero  
Juan David Múnera Sánchez

Los hombres de la ribera  
despiertan con el estruendo de la autopista  
lavan su cuerpo con el líquido que baja desde la fábrica  
limpian sus ropas, las ponen al sol en el duro cemento  
del canal,  
van en busca de comida lejos del río  
y se pierden, vagando por toda la ciudad.  
En la noche regresan  
ordenan unas tablas que sirven de lecho  
y descansan al borde del río  
como marineros después de un largo viaje  
por el mar.





Fotografía: Carolina Jiménez Franco

# Memoria de un árbol

Carolina Jiménez Franco

Cansada de tanta destrucción por el crecimiento insaciable de la ciudad de concreto, una pequeña representante de la naturaleza decidió inmolarse en el pavimento buscando dejar un recuerdo de su apariencia y tenacidad.



Fotografía: Iván Graciano Morelo Ruiz

# Memorias de sal

Iván Graciano Morelo Ruiz

Las playas de Uveros y Damaquiel  
me traen la espuma lejana del recuerdo.

Un día de marzo,  
apareció ante mis ojos  
el cráneo sin sombrero de mi abuelo Benigno.  
Flotaba al vaivén de la marea y por sus orificios  
asomaban caracoles la cabeza.

Mi abuelo había sido en otros tiempos navegante,  
y en sus travesías cambiaba  
pepas de tagua y troncos de madera  
por sedas chinas, tabaco y cadenitas de oro.

Al regresar me contaba historias asombrosas de mar adentro,  
como la vez que disolvió una tormenta en brisa serena  
con un rezo que sólo él conocía  
y usaba, también, para hacer que los peces  
saltaran dentro de la canoa.  
Yo creí que el viejo capitán

había regresado a narrarme otra de sus historias,  
una de sus fabulosas aventuras de ultramar,  
pero me engañaba.

Después del largo silencio del cráneo de mi abuelo,  
decidí entonces contarle a él  
la siniestra historia de mi prima Raquel,  
la que engulleron asada, con yuca, en un siniestro acto  
de adiestramiento de terror en mi tierra.

Su cabellera, larga y frondosa, dejaron engarzada  
en lo alto de una palma de coco,  
agitada por el viento del olvido  
que, poco a poco, la va dejando calva.

El mar se había tragado el cementerio de Uveros y Damaquiel  
creando gran alboroto de huesos en sus aguas,  
y en la playa un cangrejo azul cargaba pesadamente  
la dentadura postiza, con un diente de oro,  
que le robó al cráneo de mi abuelo Benigno.

Al final de la tarde,  
la marea se llevó mar adentro a mi abuelo  
con la historia que le conté  
encajada en la memoria.



# *Posdata seguida*

Oscar Alberto Molina Serna

DE LA CIUDAD  
TE DIGO QUE SE HA MUERTO  
DE RECUERDOS.





# *Prosaica sin sujeto*

Gloria Isabel Gómez Ceballos

Tenía ese día el gesto de la muerte.  
Tenía ese día la silueta de la muerte.  
Estoy desprovista de rostro,  
No soy huella, ni rastro, ni rasgo:  
Me he dejado al abandono.

Todos los días es el mismo día...  
Persigo la tranquilidad en el más sonado réquiem de mi vida.  
Nada encuentro porque no sé lo que estoy buscando.  
Tendría esquinas para cada tristeza...  
Conseguiría con estas una figura de infinitos ángulos y  
lados insignificantes y nimios.  
De tanto llanto ya no lloro  
todos los días me baño en el mismo río.

El inconmensurable dolor que siento es de color amarillo.  
Mi color favorito es el único que me acompaña.  
Canto para todos pero nadie puede oír mi voz.  
Es que no tengo boca,  
Es que me exilié de mí misma,

Es la cadencia de mis palabras,  
Es el espejo que todos los días, me recibe vacío.



Fotografía: Daniela Espinosa Muñoz

# Uno con la tierra

Daniela Espinosa Muñoz

Una la hierba, una la tierra.

Caminando se convierten en raíces los huesos y las venas.

Uno con la hierba y la tierra.

La brisa transporta consigo semillas y cabellos

Y con ella el cuerpo se desarma:

manos, boca, pies y cadera

componen nuevos paisajes y palabras

que nacen desde las piedras

y crecen en los surcos de la siembra.

Uno con la tierra.

Uno con la tierra.

# Capítulo 3

## Relato Corto



Fotografía: Lucas Vargas Sierra - Daniela Núñez Ruiz

# La jaula cerrada

Lucas Vargas Sierra y Daniela Núñez Ruiz

Propuesta ganadora Categoría Relato Corto

Los jurados calificadores describieron la propuesta artística “La jaula cerrada” de la siguiente manera:

*“El relato, como su acepción más cercana lo indica, tiene que ver con lo que se narra de algún hecho conocido, ya sea como fuente de primera mano, o porque nos fuera relatado por otros alguna vez. La jaula cerrada, relato ganador de esta última versión del concurso Binarius, nos cuenta la historia de dos hermanos y un canario, desde su narración sus autores, además de presentarnos las intrincadas relaciones de esta familia, nos van contando de manera sistemática lo que ocurrió realmente en aquella jaula cerrada”.*

Recordaba bien el día en que su marido trajo el canario a casa. —¿Para mí?—preguntó su hijo, ilusionado.

—No, para tu hermana —había contestado él sonriendo. Subió y encontró a la niña en la alcoba dibujando. Silbó bajito, el canario mordió el anzuelo y comenzó a cantar. La niña agradeció el regalo bailando por toda la pieza. Desde entonces siempre dibujaba al pie de la jaula, mostrándole los dibujos al pajarito y respondiendo a sus cantos con palabras...

Indecisa aún sobre qué hacer con el cadáver sirvió un vaso de brandy para los nervios, tenía que deshacerse del cuerpo en secreto; su hija no podía enterarse. Abrió la puerta de la jaula y lo echó en una bolsa negra. Al entrar en la casa miró el reloj, tenía tiempo para escenificar la fuga.

Subió al balcón y arregló todo como si el canario aún estuviera. Al renovar el contenedor de semillas descubrió un polvillo negro que reconoció como matarratas y que ignoró. Dejó la puerta a medio cerrar y bajó a preparar el almuerzo. Pasaron diez minutos antes de que llegaran.

El primogénito era todo lo que la madre podía soñar, un niño despierto que buscaba su aprobación y cariño, buen estudiante y deportista. Dedicó a él todo el empeño de una madre primeriza y todas las ansias acumuladas de ser la esposa de un aviador. Las prolongadas ausencias de su marido no hacían más que estrechar el vínculo que la unía con su hijo, tanto que secretamente llegó a sentirlo sólo suyo.

Con la hija ocurría lo opuesto. Tímida y callada todo el tiempo, no vivía más que para las historias de papá. Su familia era el hombre que viajaba volando por los cielos y que en cada regreso le traía amuletos y fábulas con los que llenar sus horas solitarias.

Parada en la puerta de entrada los vio a ambos bajar corriendo de la buseta. Sus hijos no podían ser más diferentes. Él le echó los brazos alrededor de las rodillas, casi tumbándola. Su hija siguió de largo, y trepó las escaleras de dos en dos.

Esperó un momento, entró a la casa y empezó a servir el

almuerzo. Luego llamó con voz calma a la mesa.

—Piolín no está— dijo la niña sin sentarse.

—¿Cómo que no está? —contestó ella, había en su voz un leve temblor.

La niña dio media vuelta y subió las escaleras. Se escuchó un portazo y luego, silencio. Pensó en subir tras ella pero su hijo había empezado a sollozar sin ninguna explicación. Era mejor esperar a que llamara su marido, él siempre sabía cómo calmar a la pequeña.

La tarde siguiente un ruido brusco la sorprendió mientras extendía la ropa. Corrió al balcón. Bajo la jaula había una silla, junto a esta la niña respiraba agitada.

—¿Dónde está tu hermano?

—Iba a quitar la jaula, me dijo que Piolín estaba muerto y que no iba a volver.

Espantada, se aproximó al pasamanos y gritó con angustia al ver el cuerpo del niño.

Durante algunos días no supo de sí. El avión de su marido estaba varado en Europa por una nube de ceniza.

De pie frente a la puerta de entrada la soledad se le hizo aplastante. Cuando llegó la buseta sintió náuseas al ver a la niña jugar con pájaros imaginarios. Ya anidaba en su corazón una sospecha insoportable.

Entraron en la casa, subió veloz la escalera y salió al balcón para descolgar la jaula. Una voz de protesta sonó a sus espaldas al tiempo que sentía un leve golpe en las piernas. Estuvo a punto de perder el equilibrio. La ira y el dolor acumulados estallaron entonces, en vilo llevó a la niña hasta la habitación y, gritando amenazas y castigos, la dejó encerrada. Respirando agitada se acostó, tiró la jaula sobre el colchón y lloró.

Al despertar lo había decidido. Fue a la habitación de la niña y la encontró llenando un bloc con dibujos de pájaros. Le ordenó que la siguiera. Condujo un par de horas hasta llegar a las afueras de la ciudad. Allí -frente a un bosque seco- se levantaba la blanca fachada del hospital mental.

Camino a casa no pudo evitar sentir que acababa de quitarse un enorme peso de encima.

Habría podido dormirse en el sofá de la sala pero un ruido llamó su atención y el miedo reemplazó el cansancio cuando entró en su alcoba; dentro de la jaula cerrada un canario empezó a cantar al verla.

La mujer abrió la boca como para decir algo y se desmayó.



Fotografía: Diego Armando Castelblanco

## *Algún día*

Diego Armando Castelblanco

El viejo y grande reloj de cedro parece despertar a medida que el minuterero se mueve pesadamente anunciando la hora. Los muebles de la sala permanecen limpios, el piso brilla y las paredes se mantienen sin una mancha. No hay una sola mota de polvo en la casa. Él limpia todos los días, desde el día que se quedó solo. Decidió hacerlo así aunque no estaba programado para eso. Todo reluce, todo parece nuevo, incluso el olor es suave y fresco. Sólo faltan los seres humanos. No están. La casa está abandonada. Sólo está él.

La casa entera funciona maravillosamente, él enciende la chimenea como solía hacer el señor todas las tardes de invierno. Él enciende el televisor a la hora que el señor solía encenderlo para ver las noticias. Ahora simplemente muestra todo en negro. Únicamente suena, leve, la música que él, en el equipo de sonido, activó hace poco.

Afuera, las calles están desiertas, los automóviles parqueados oxidándose. Sólo existe una presencia, una metálica e inmortal presencia que ronda esa casa al final de la calle. Es lo único que existe y, aunque no está vivo, gobierna la casa. Es ahora de su propiedad, no legalmente,

por supuesto, pero es de él. Ya no existen pájaros que canten al atardecer ni perros que aúllen en las noches. Ya no existen gatos que merodeen los basureros ni ratas que recorran las alcantarillas. Sólo él. Él y su casa.

La casa es de estilo antiguo, con ventanas grandes de madera, sótano pequeño y una gran sala de estar. Su mirada explora todos los rincones de la casa, buscando cualquier lugar que necesite limpiarse. Sale, recorre los alrededores y registra concienzudamente. Así todos los días.

Él no busca explicaciones de por qué está solo en el mundo, ¿por qué el señor no está?, ¿por qué el silencio se apoderó de todo?, ¿por qué todo se murió? Simplemente sabe que la debe limpiar, es posible que alguna vez las personas vuelvan y habiten de nuevo el planeta. Tal vez. Algún día.





Fotografía: John Fernando Gutiérrez Arias

# El espacio sin tiempo

John Fernando Gutiérrez Arias

Me habían dicho que esta ciudad es encantadora y pasan cosas sorprendentes, por eso quise visitarla.

El primer día de mi llegada estaba yo parado en la acera de una calle esperando a mi guía. Miré el reloj, eran las 5:15 de la tarde. Hacía rato que un tipo mal afeitado me estaba observando con mirada pensativa. Se me acercó, me cogió de la manga y con un gran gesto me señaló la montaña:

—Ese es el volcán Pan de Azúcar y en cualquier momento va a estallar.

Miré el volcán y cuando volví a mirar al tipo, extendió exigente la palma de la mano abierta. Saqué una moneda de doscientos pesos del bolsillo para pagarle sus servicios. ¿Doscientos pesos por el volcán Pan de Azúcar? Estuvo a punto de tirarme el dinero a la cara. Entonces di al tipo otros doscientos pesos y se fue.

—Debe ser algún loco, bueno qué importancia tiene. Mi guía debía de haber llegado a las 5:00, entonces decidí

caminar al otro lado de la manzana, quizá me estaría esperando allí. Después de haber dado varios pasos por la acera, me parecía no estar avanzando mayor cosa. Pasé al frente de una puerta blanca de fachada azul que me resultó familiar, quise detenerme, pero en ese momento me pitó un carro que estaba estacionado a pocos metros de mí por la misma acera. Se trataba de uno de esos ridículos cochecitos que parecen una cucaracha, pero que tienen la ventaja de acomodarse en cualquier parte. Me dirigí hacia el vehículo. La portezuela izquierda se abrió y descendió un hombre calvo, gordo, de mediana estatura, con rostro congestionado y rojizo. Se me acercó y estrechó mi mano. Era mi guía que acababa de llegar. Inmediatamente entró en confianza y con gesto amable me dijo:

—Señor, disculpe la tardanza. Otras actividades han retardado mi llegada. Tengo esposa y seis hijos que atender y debo de rebuscarme la vida. Además de guía, también soy...

En seguida empezó a relatarme varios oficios mientras

me invitaba a abordar su carrito. Volví a mirar la hora y seguían siendo las 5:15, se acabó de parar el reloj, pensé. El automóvil tenía la amplitud de un minibús y detrás de las sillas del fondo había un gran espacio de carga que se perdía en la penumbra.

—Perdone usted señor mi curiosidad, pero... ¿cómo es posible que un vehículo tan pequeño sea tan amplio por dentro? Y ¿El enorme espacio detrás de las sillas a qué se debe? Pregunté intrigado.

—Esta ciudad es demasiado pequeña, respondió, ya no hay donde construir y todo es muy costoso, de modo que hay que ahorrar espacio y dinero. Siempre ha sido una cualidad nuestra acomodarnos como sea a las circunstancias. Si enciendes ese interruptor verás que en el espacio de carga hay un pasillo.

Me eché para atrás, encendí el interruptor y encontré un estrecho pasillo con varias puertas verdes y al fondo una puerta blanca. Quedé atónito.

—Las puertas verdes son las habitaciones de nuestros hijos y la puerta blanca del fondo es el dormitorio matri-

monial, ven te invito a conocerlo. Repuso mi guía, acompañándome por el pasillo.

Fui avanzando hasta el fondo totalmente sorprendido, me detuve frente a la puerta blanca y la abrí. Lo que vi a continuación no tiene explicación y lo que sentí fue algo espantoso. Me encontré parado frente a un espacio totalmente en blanco, yo diría que frente a la nada. Sin embargo tenía la impresión de que alguien al frente me observaba.

Mi anfitrión me miró preocupado y dijo:

—Estás pálido como la puerta, quizá no te venga bien viajar en carro. Hay mucha gente que se marea, sobre todo en los asientos traseros. Voy a darte algo. Verás cómo te sientes mejor.

—¡No, no! —exclamé horrorizado y de inmediato lo empujé a un lado y eché a correr por el pasillo que parecía nunca acabar. Por más que corría parecía no avanzar. Corrí y corrí lo más rápido que pude hasta que por fin logré llegar al espacio de carga, y cuando empujé su asien-

to trasero salí por una puerta que me condujo a la acera. A partir de este instante no pude recordar cómo fue que vine a dar allí. Al intentar comprender lo sucedido, mis pensamientos se movían en círculos. Miré el reloj, eran las 5:15 de la tarde. De pronto un tipo mal afeitado se me acercó, me cogió de la manga y con un gran gesto me señaló la montaña...



Fotografía: Andrés Ricardo Pérez Restrepo

# Geopolítica de la tabla

Andrés Ricardo Pérez Restrepo

Las fichas esperaban en silencio. No pude adivinar qué emociones surcaban por sus rostros, ya que de ellos sólo se advertía la faz muda y silenciosa de la madera. Tal vez así sean las guerras, pensé, los contendientes tienen caras de madera, cuerpos de marfil, sesos de aserrín. La voluntad sólo existe en la mano del estratega.

Espera de la mano, la terrible selección de la mano, el movimiento de una mano que obedece a un designio misterioso para la madera. Ficha tocada, ficha movida. Así se firma la sentencia de muerte, la sentencia de dar muerte, la sentencia de avanzar. En la tabla, sobre todo para los peones, sólo existen dos opciones: avanzar o morir, jamás retroceder. Dar marcha atrás es sólo un privilegio de la nobleza.

Ellas esperaban. ¿Qué esperaba yo? En mis manos estaba el poder de la jugada limpia y certera, o siempre, como último recurso, la masacre. La responsabilidad sobre el destino de tantas vidas me hizo dudar. El hecho de que sean vidas de madera no me exonera de jugar con su destino. ¿Qué egoísmo convierte la vida y la muerte en

un juego de mesa? La guerra real no difiere sino en tableros y cuestiones higiénicas.

Tras haber comenzado sólo me queda una salida, hacerlo de una manera limpia, un jaque perfecto, asegurar la caída del tirano, el dictador de madera que obedece al imperio de la mano contraria, la mano perversa. No creo que la ficha bajo mi elección sienta que mi mano es benevolente, de hecho no lo es. Cada ficha cumple su destino sin lugar a cuestiones éticas, ¿estás dispuesto a morir por tu reino, por tu soberano, por el control de una tabla baldía en donde, al final, no hay recompensa más allá de volver a la caja y enfrentarse infinitamente contra los mismos adversarios? Ni en la madera ni en la carne se hacen tales preguntas a los contendientes.

Tras las primeras muertes, oigo el llanto de las mujeres. Esposos e hijos desaparecen ante la selección maldita de la mano del jugador o la mente del general. Las mujeres, morenas como la cerámica, se inmolan en la mitad del campo de batalla en un intento de detener la masacre. Mi mano duda, la del contendiente, avanza. No existe el

escándalo de la sangre y la carnicería en la tabla que nos detenga, sólo la imprecisión o la certeza de un cálculo matemático.

Los peones han muerto. La nobleza exhibe la sofisticación de sus armas. Uno a uno caen los adversarios en los cuadros tapizados en negro y blanco. Las dicotomías siempre presentes: negro y blanco, amigo y enemigo, carne contra madera, sacrificio frente a la voluntad de vivir. El privilegio de controlar hasta los movimientos de la aristocracia constituye una prerrogativa que sólo pertenece a los dioses.

¿Qué piensa tu mano blanca, mientras dudas en ele como el caballo, horizontal o vertical como la torre, diagonal como el alfil, o en los limitados movimientos del soberano? He visto astucia en tus ojos mientras tratabas de anticipar mi próxima jugada, el siguiente paso en falso. Siempre supiste que nunca fui tan bueno como tú en el ajedrez.

En cuanto a movimientos he creído que eres más como la dama, con libertad de moverte hacia donde quieras,

cuantas casillas quieras, con la libertad de asesinar y la incapacidad de perdonar. ¿Cómo escapar a tus movimientos ágiles? Me tienes acorralado en el marco del tablero, sin escapatoria. El enroque garantizará sólo unos pocos minutos de la hegemonía de mi reino, mientras pierdo terreno y me someto a la derrota con la dignidad de una partida bien jugada. La inteligencia ha sometido, una vez más, el ímpetu de la fuerza bruta.

Las guerras no traen cambios, el ajedrez tampoco. La tabla no es del negro ni del blanco porque, al final, la tiránica mano que los masacró los devuelve a la misma caja donde comparten una convivencia inevitable entre enemigos, hasta que otras manos decidan volver a jugar con sus vidas de madera. La rebelión de la ficha a su destino está destinada al fracaso, nunca huyen de la caja y se resignan en su quietud. No obstante, hace una semana había perdido dos peones. Tal vez lograron escapar definitivamente de la elección fatídica de la mano. Quizá yo también tenga algún día ocasión de perderme de la caja, de tantas otras cajas que me obligan a peleas absurdas.

¡Jaque mate! Pronunciaron tus labios con malicia. Yo reí, pues no veo mayor gloria en derrotar a los débiles. Rey de las legiones blancas, le ruego me perdone su majestad, una vez más, su pueblo ha muerto en vano.



Fotografía: Lina Marcela Durango Giraldo - Tomás Montoya Uribe

Nada importa lo que digan los mamíferos –pensaba el emplumado filósofo– este será siempre el mismo río.

# Heráclito emplumado

Lina Marcela Durango Giraldo  
Tomás Montoya Uribe



# *La vida inundada*

Santiago Gómez Lema  
Nicolás Jacob

Yo la veía llegar todas las mañanas, puntual, mientras avanzaba hacia la bruma espesa del agua y esperaba atenta el desembarco. Se paraba a un lado del muelle moribundo y se quedaba contemplando el descenso escalonado de los morenos corpulentos que descargaban el producto de la pesca nocturna. Los pescadores, por la intensidad con que la anciana detallaba sus cuerpos sudorosos, pensaban que se trataba de una vieja decadente, de una lúgubre señora que llenaba la soledad de sus días mirando la juventud en marcha de unos cuerpos saludables. Algunos murmuraban con desprecio: “ahí está la loca otra vez”.

Más tarde la observaban soportando la luz violenta del sol, golpeando con su rostro en apariencia amargo el viento sucio que arrastraba el olor penetrante de los peces frescos que se retorcían sobre los costales. En la libreta iba anotando minuciosamente los eventos del día, para no olvidar la vida, como una memoria escrita para su hijo ausente.

Cuando terminaba su habitual inspección, se escondía de los rayos letales en mi tienda y se quedaba admirando con asombro los inmensos bagres bigotudos, el cuchillo tasajean-

dolos filetes resplandecientes y me preguntaba siempre por el peso del animal, a veces vivo, que reposaba sobre la mesa.

—Es como sacar un ternero del agua, doña Esther. Imagínese. 78 kilogramos de pura carne blanca. Mejor dicho, ni usted y yo juntos —le decía mientras la veía esbozar una sonrisa a medias, con ternura inocente, agradecida de antemano, pues sabía que su alimento diario dependía en parte de la porción que yo ponía en su bolsa. Le besaba la frente arrugada, fría incluso bajo el calor del mediodía, y la veía desaparecer despacio con su bolsa al hombro. En la tarde regresaba con las manos en la espalda y se sentaba a ver caer la tarde, rumiando en silencio la nítida sobriedad de las gaviotas y los barcos oxidados bailando sobrios. Reflujo.

Yo había conocido bastante bien a su hijo Juan e incluso habíamos llegado a ser buenos amigos. Todos en el puerto conocían a la perfección su osadía nocturna, una virilidad de principiante que lo había llevado a conquistar las bestias acuáticas más inverosímiles. En las mañanas llegaba cargando como un premio el animal inmenso y lo colgaba del garfio de la balanza para posar orgulloso

frente al público. Entonces se sentaba a beber cerveza con los demás pescadores, victorioso, hasta que doña Esther aparecía inquieta y lo sacaba tambaleándose, de la mano como a un niño que estuviera aprendiendo a caminar.

—¡Mañana será una gran noche! —gritaba despidiéndose, con un gesto rápido de la mano en libertad, de sus compañeros. Su madre lo arrastraba, advirtiéndolo, protectora y repetida, los peligros de enfrentarse al mar oscuro.

—Ya lo sé, mamá. Quédate tranquila— decía Juan con suavidad, abrazándola mientras metía su nariz, para absorber la savia pura del olor materno, en la maraña corta de su pelo.

Al día siguiente, doña Esther no vino por su hijo. El bote llegó con menos gente, ningún pez y cuatro hombres con sus caras atravesadas por la desgracia. El tiempo continuaba frío, casi nublado, y la noticia fulminante de la muerte de Juan y de Gregorio cayó sobre las caras ausentes con violenta pesadez, despojando de inmediato la necesidad común de continuar con el trabajo. De las ex-

plicaciones me encargué esa misma noche. Fue inútil. La anciana se cerró, negándose rotunda a aceptar cualquier posibilidad de enfrentar una verdad que era, sin duda, más difícil de asumir que la propia muerte. Me contaba que en las noches lo soñaba vivo de repente, bajándose del bote para reconocerla en el olor inconfundible de sus ropas viejas. Por eso, en los días en que se levantaba con el entusiasmo y la esperanza febril de que su hijo llegaría de una vez por todas, se ponía su mejor vestido, se maquillaba con torpeza y caminaba hasta el puerto basuriento a mirar con mortal cuidado los torsos desnudos de los pescadores macizos descendiendo en fila de la inmovilidad del bote. Nada.

Lo último que supe fue que, sin dejarse ver del guardia, apareció en el muelle una medianoche clara. Nadie entiende con qué fuerza desató la soga, con qué energía se internó en el mar fecundo. Remó hasta que sus brazos flacos se enfriaron temblorosos y, sin dar media vuelta, entró en las verdes aguas para confundirse así, minúscula y tesa, en la masa informe que había recibido hospitalaria los restos de su hijo Juan.



Un día lluvioso y de paciencia ante el viento, me encontré  
con un ser hermoso, único...  
luego volé hacia una flor.

# *Seres únicos*

Juan Felipe Morales Moreno



# Tumba de amor y odio

María Teresa Acevedo Jaramillo

El país era muy pequeño. Tenía tan pocos habitantes que sólo había un médico, una enfermera, un cura, un abogado, un policía, un carpintero, un capitán de barco y así, una sola persona por profesión.

A diferencia del Capitán, que era querido y respetado por todos, el Carpintero era el objeto de risas burlonas y agresivos comentarios en su contra. Era el único hijo de la única Prostituta del país y sólo se supo de su padre lo que la anciana Vidente dijo cuando la consultaron acerca del encubierto amante: “Se recostará al lado de su padre cuando les llegue a ambos la hora de la sepultura”.

Pasaron los años y nadie comprendía aún el significado de estas palabras, pero todos las recordaban y les temían. ¡Querían ver al Carpintero muerto pero ciertamente no querían morir con él!

A pesar del rechazo, el Carpintero se convirtió en un habilidoso fabricante de ataúdes. Vivía solo y aislado en una pequeña isla donde había una plantación de bananos y a donde sólo se acercaban sus compatriotas cuando al-

guien moría en el pequeño país. Entonces, el Capitán cruzaba en su barco con algún familiar del occiso quien hacía el pedido al Carpintero y luego de los cinco días que tardaba su fabricación, pasaban nuevamente para recogerlo. Entretanto, en tierra firme, la escena siempre era la misma: durante esos cinco días el Cura rezaba, el Abogado buscaba culpables, el Médico se lamentaba y la madre o la viuda lloraban y gritaban hasta quedar sin voz.

Un día, el Capitán cayó enfermo. El Médico realizó una rápida revisión de sus síntomas y pronunció el peor de los diagnósticos: “Al Capitán le quedan tres días de vida, cuatro si tiene suerte”. A pesar de las terribles náuseas que sentía y sabiendo que debía actuar con rapidez si deseaba ser enterrado con dignidad, navegó hacia la isla del Carpintero y descendió de su embarcación para pedirle personalmente que fabricara su última morada.

Dada la inminencia de este pedido, y sabiendo que no se podía demorar los cinco días que normalmente le tomaba hacer un ataúd pues no habría quien lo recogiera, el Carpintero corrió a recolectar la madera de los árboles

cercanos a la plantación. Anocheceía y no veía muy bien. Maldecía por la premura del pedido y con apuro tomaba todos los trozos de madera que sus escuálidos brazos podían levantar, sin notar que escondida entre ellos se encontraba una de las temibles arañas del banano. Llevó todos los materiales a su taller y comenzó a trabajar en el ataúd. Cuando cogió el último madero, la pequeña intrusa lo mordió en la muñeca, pero el Carpintero no prestó atención a la picadura y siguió trabajando. Unas diez horas después, cuando ya el trabajo estaba casi terminado y sólo quedaba retocar el interior, el Carpintero colapsó y cayó muerto dentro del ataúd, causando que la tapa cayera y se cerrara.

A los dos días, un Capitán con veinte kilos menos, pálido, ojeroso y pestilente volvió a recoger su ataúd. Lo acompañaban el Abogado y el Policía, pues no tenía la fuerza necesaria para cargar con su lúgubre encomienda él solo.

Cuando entraron al taller no pudieron encontrar al Carpintero por ninguna parte, así que cogieron el ataúd que se encontraba en la mitad del salón y entre los tres lo

alzaron, pues estaba inusualmente pesado. Ninguno de los pasajeros del barco quiso abrir el ataúd por respeto al Capitán, así que lo llevaron cerrado y lo dejaron en la sala de velación esperando a que su dueño estuviera listo para usarlo.

El Capitán murió y todos lo lloraron. El Cura con su Biblia, el Borracho con su botella, la madre con un rosario y una desgarrada multitud refiriendo con palabras susurradas las mejores historias de este querido personaje. Sólo dos personas estaban alejadas del drama de la velación y eran quienes habían ido con el Capitán a la isla el día anterior. Se miraron con horror cuando abrieron la tapa del ataúd para alistarlo para el Capitán y en cambio vieron allí el cuerpo sin vida del Carpintero.

—¿Qué pasará cuando todos se enteren?

—¿Y por qué se tienen que enterar?

—Hoy debemos dar sepultura al Capitán y su ataúd ya está ocupado.

—Nadie sabe que el Carpintero está muerto. El cuerpo del Capitán pesa la mitad de lo que solía pesar y el Car-

pintero siempre fue de constitución liviana. Creo que no habrá ningún problema en sepultarlos a los dos en el mismo ataúd.

Un sordo silencio acompañó estas palabras. El Abogado y el Policía habían comprendido por fin lo que la anciana Vidente había dicho muchos años atrás. Sellaron el ataúd para que nadie en el pequeño país supiera jamás el secreto del Capitán y procedieron a levantarlo sobre sus hombros, pues había llegado para ambos la hora de la sepultura.





# *Agradecimientos*

De manera especial el Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas quiere extender su agradecimiento a todos los participantes en el concurso de narrativa y fotografía BINARIUS, y a las demás personas involucradas en este proceso cultural, que han hecho posible la publicación del libro electrónico artístico BINARIUS III.

Al señor rector abogado Juan Luis Mejía Arango por su deferencia con el Centro Cultural al permitir publicar el texto “El ojo todopoderoso”, de su autoría, al jurado calificador por su compromiso con esta actividad cultural, al Fondo Editorial Universidad EAFIT por su acompañamiento y asesoría, al Departamento de Comunicación y Cultura de la Universidad EAFIT por el trabajo de difusión, y a la, comunicadora social y diseñadora gráfica digital María Isabel Zapata Cárdenas, encargada del diseño de esta obra.

# Autores participantes

## Capítulo 1: Epistolar

Luis Fernando Castaño Arcila - Pablo Restrepo Giraldo - Jhon Wilson Osorio - Juan Carlos Pérez Muñoz - Mónica Cecilia Dávila Galeano - John Jarlen Quiroz Villada - Carlos Fernando Soberón Restrepo - Odette Yidi David - Eliana Jaramillo Gaviria - Alejandro Blandón Cortés - Gabriel Felipe Linares López - José Luis Ruiz Vélez - Claudia Patricia Restrepo Ruiz.

## Capítulo 2: Poesía

Lucas Vargas Sierra - Daniela Núñez Ruiz - Juan Esteban Londoño Betancur - Raúl Arturo González Hernández - David Berrío Ríos - Manuela Osorno Grajales - Santiago Rodas Quintero - Juan David Múnera Sanchez - Carolina Jiménez Franco - Iván Graciano Morelo Ruiz - Oscar Alberto Molina Serna - Gloria Isabel Gómez Ceballos - Daniela Espinosa Muñoz.

## Capítulo 3: Relato Corto

Diego Armando Castelblanco - John Fernando Gutiérrez Arias - Andrés Ricardo Pérez Restrepo - Lina Marcela Durango Giraldo - Tomás Montoya Uribe - Santiago Gómez Lema - Nicolás Jacob - Juan Felipe Morales Moreno - María Teresa Acevedo Jaramillo - Mateo Gómez Nicholls - Andrés Felipe Bustamante.

PUBLICACIÓN DIGITAL  
BINARIUS III LIBRO ELECTRÓNICO ARTÍSTICO  
2013

Tercera edición: octubre de 2013

Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Carrera 49 N° 7Sur-50

<http://www.eafit.edu.co/biblioteca/Paginas/inicio.aspx>

Email: [actividadculturalbiblioteca@eafit.edu.co](mailto:actividadculturalbiblioteca@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-200-7

Textos y fotografías: Finalistas del Tercer Concurso  
de Fotografía y Narrativa 2012

Diseño y montaje: María Isabel Zapata Cárdenas





**Nuestros servicios son sus derechos**



ISBN 978-958-720-200-7



9 789587 202007